

"La vida loca"

1908-1910

PLEGARIA

Para EL DIARIO MALAGUEÑO
Composición inédita

(Del libro que aparecerá en breve, *La vida loca*.)

Dios en quien creo, Dios que me miras:
vé que me postran, más que los años
las ilusiones con sus mentiras,
con sus verdades los desengaños;
ve cuál me agota mi desaliento;
que en mí se ceba, como un tormento,
¡noches y días!, éste que siento,
constante y lento,
dolor del alma.
Niégame glorias, amor, contento...
Dáme un alivio tan sólo: calma

¡Calma! La calma solemne y grave
del mar sereno, del mar tendido;
no conmovido
por la más leve brisa suave;
ni por la estela
de la más breve ligera nave;
ni por el vuelo sutil del ave
que sobre el agua, que roza, vuela...

¡Calma bendita!
¡Calma profunda!
¡Calma infinita!
Sueño inefable su paz me infunda.
De mí se adueñe,
y en él repose, y en él no sueñe.

¡No! ¡No más ansias de vanas glorias!
¡No más anhelos de loco amor!
¡No más fatigas! ¡No más escorias,
después del fuego y el resplandor!

Sigan mis pasos las sendas llamas
por donde siempre debieron ir.
Huyan las vanas
pompas mundanas.
Huellen los campos del buen vivir.
Las inmortales, las soberanas
leyes cristianas,
¡por ser divinas!, ¡por ser humanas!,
los encaminen al porvenir.

No más presuma de grandes vuelos
el alma inquieta y enloquecida.
Son para el águila los altos cielos;
las altas cumbres, en donde anida.
No para el pájaro de pobre fama,
—la sola fama que ha merecido,—
que en vano aspira, y en vano clama;
que debe a penas dejar su nido,
volar, tan sólo, de rama en rama,
bajo los árboles en que ha nacido.

La paz del cuerpo,—bien aplacado,
sin que lo mueva torpe cuidado;—
la paz del alma,—la que desean
los hombres justos,—mis bienes sean,
con que asegure feliz estado;
bien del amable vivir modesto,
bien del hermoso pensar honesto,
bien del tranquilo sentir honrado.

Corra, entre tanto, leve, mi vida,
como las ondas de la corriente
por entre flores medio escondida,
cuando discurre tan dulcemente,
tan lentamente,
tan levemente...
que se dijera que va dormida...

Corra mi vida, corra callada;
vena de arroyo que va encauzada;
vaya regido por la prudencia;
por la Experiencia,
la suma ciencia,
firme batalle mi voluntad,
contra pasiones
y tentaciones, contra ambiciones,
y contra culpas de vanidad.

...Y en tanto gozo de tanta suerte,
suerte del hombre que al fin reposa,
y en tanto viene por mí, piadosa,
mi Amada triste, la Buena Muerte,
y á sí me abraza;—fin á que aspiro;
bien, el supremo, porque suspiro,—
dáme, Dios Santo, la intensa calma
que alivia el cuerpo: la paz del alma;
dáme, por dichas, dichas serenas,
casa gozosa: dulce descanso
del pensamiento y el corazón,
y en él se aquieten mis graves penas,
asosegadas en un remanso
de religiosa resignación...

Carlos FERNÁNDEZ SHAW.

Lecturas de la semana

Versos.—LA VIDA LOCA, por Carlos Fernández Shaw.

La tristeza es la musa que inspira la mayor parte de los versos que Carlos Fernández Shaw ha incluido en su último libro, titulado *La vida loca*. Si el mundo es, como dice el más pesimista de los filósofos, nuestra representación, pocos mundos tan desolados como el mundo de Fernández Shaw. De cuál es el estado de su alma puede formarse cabal idea leyendo la composición que lleva por título «En alta mar». Nos habla allí su autor de un barco, llamado el *Halcón*, que arde, abandonado por sus tripulantes en medio del Océano, y exclama:

«Como el *Halcón* sucumbo, presa del mal interno, que me devora, y vence, con torturas de infierno. Como el *Halcón* sucumbo.

Por algo parecía su historia, muchas veces, gemela de la mía.»
Estando, pues, el poeta devorado por mal interno, que le ocasiona torturas infernales, no es extraño que todo lo vea negro, y que pida en rítmicas endechas el descanso de la muerte:

¡Oh, terrible desencanto
de la vida, cómo amargos!
¡Ah, descanso de la muerte
redentora, cómo tardas!

A veces le asaltan desesperados impulsos:
«¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios miraba yo las aguas del Garona pasar, y un impulso terrible me empujaba á sus ondas: ¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!»

Las últimas palabras de su libro—«Última verba»—resumen en lirras del corte de las famosas de Fray Luis, el desaliento que domina en *La vida loca*:

«Gose yo de la Muerte,
con un tiempo bastante, la llegada;
con el ánimo fuerte,
con paz asegurada,
y en la paz de la noche sosegada.»

Para huir de esos dolores sin piedad, de esas torturas de infierno, de ese deseo de morir, y al mismo tiempo para verse libre de las mentiras políticas, de las baladronadas de los bravos, de los ataques de la crítica, de los engaños cortesanos y de todas las agresivas ruindades de la vida ciudadana, acude el poeta al campo, y allí, aunque sólo momentáneamente, experimenta la alegría y el bienestar; esto es, el vivir, como deseaba Fray Luis de León,

«libre de amor, de duelo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

La serenidad augusta de la sierra, la tranquilidad del llano, el sosegado curso de los ríos, el canto lejano del gañán, la esquila del ganado... todo eso que tan grata impresión suele causarnos á los que vivimos de ordinario envueltos en el fatigoso tumulto de las grandes ciudades, aquieta y tranquiliza el ánimo de Fernández Shaw, y le hace prorrumpir en animadas estrofas, como las que llevan por título «¡Ancha es Castilla!», ó en castizos romances, como el titulado «La Santa Paz», ó en graves alejandrinos, como los del «Campo solemne».

Con verdad he de decir que yo prefiero estas últimas composiciones, á las otras congojosas y desesperadas. En poesía, como en prosa, y hasta en la conversación familiar, la persona que constantemente nos está llorando lástimas y hablándonos de sus penas, nos produce cierto cansancio. Para que el dolor del poeta nos emocione y captive, es necesario que refleje y simbolice el dolor humano: á medida que la pena es más privativa, más personal, se hace menos poética. Lo que muchas veces haría llorar á nuestra familia y entristecerse á nuestros amigos, es oído con indiferencia, cuando no con disgusto, por los extraños. Sólo á condición de su universalidad nos interesan las congojas del poeta. Al dolor, como á toda suerte de afectos, es aplicable el precepto de Quintans:

«Que vuestro canto, enérgico y valiente,
digno también del Universo sea.»

De otra parte, el artificio del verso perjudica un tanto á la sinceridad de ciertos afectos. No es fácil comprender un hombre verdaderamente dolorido, que anda buscando consonantes con las lágrimas en los ojos.

Fernández Shaw maneja con rara facilidad la rima; sus versos son siempre cadenciosos y sonoros: son musicales, y en esto estriba su encanto principal. Puede decirse que el sello distintivo del estilo poético de Fernández Shaw es la repetición.

«¡Campanas, campanas locas,
de una ciudad ideal!
.....
¡Campanas, campanas locas,
cesad un punto, callad!
.....
¡Campanas, campanas locas,
por última vez clamad!
.....
¡Campanas, las de mis sueños,
por mis ensueños doblad!»

Esta composición se titula «La obsesión de las campanas», y es, en efecto, una obsesión. En el romance «Al amor de la lumbre», lee:

«Dame calor que me encienda,
lumbre de buenas tizamas,
en el centro de mi chozo,
chozo de la mi majada;
dame calor para el cuerpo,
dame calor para el alma...
.....
ya va muriendo la tarde,
ya viene la noche mala;
.....
dame calor que me encienda,
dame calor con tus brasas,
dame amor, amor de lumbre,
lumbre de buenas tizamas,
en el centro de mi chozo,
chozo de la mi majada...»

No obstante estos reparos que me he permitido poner á los versos de Fernández Shaw, con gusto he de decir, para terminar mis desaliñados renglones, que hay en las poesías de *La vida loca* ambiente poético, melancolía sincera, y riqueza de ritmo y de rima... lo que no es poco.

La vida loca es una colección de poesías muy de estimar en una época como la nuestra, en que tanto abunda el prosaísmo.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

57-10-908
diario malagueño

Tarifa de anuncios

cuarta plana... 10 céntimos línea.
clavados y noticias... 25 " "
proyectos, planos, retratos, etc., precios con-
vencionales.

NUMERO ATRASADO

quinze céntimos.

ARMADA

AS Y PASIVAS
do Piñal

Marqués de Urquijo, 36.—Madrid.

irregulares, que son la representación
de las fincas?

¡Qué insensatez, qué locura, autorizar
a los pueblos para que hagan sus planos
parcelarios de la riqueza rústica y urba-
na, después de haberles pedido 24 ó 25
millones en comprobaciones de esos
planos!

Si esos dos planos representan en to-
da la Nación más de 500 y 600 millones

de coste y cien años de operaciones ca-
tastrales, á juzgar por lo que se ha he-
cho en los sesenta transcurridos buscan-
do solución á este problema, ¿dónde
tienen los pueblos 20, 40, 50.000 pesetas
para tirarlas en esta quimérica empresa?
¿Dónde están los ejércitos de agrónomos
y topógrafos que tendrían que inundar
todo el territorio?

C. Lana Sarto.

UN LIBRO DE FERNÁNDEZ SHAW

“LA VIDA LOCA,”

Queréis cantar con los pastores, ingenuos
versos candorosos de campesino sabor? Que-
réis ante visiones trágicas llorar, sonreír á
la vista de dulces escenas y sintiendo gratas
auras de alegría que os acarician y conmue-
ven, ó con los decaídos y los débiles levantar
al cielo impotentes brazos, implorar al sol?

Todo esto, y algo más, encontraréis en las
páginas del libro de versos *La vida loca*, que
en estos momentos da al público el insigne
poeta cantor de la sierra.

Diríase que, más que libro aislado, es *La
vida loca* recapitulación, compendio de toda
una vida de poeta, vida intensa, nutrida, lle-
na de cerebro y de corazón, vida que, como
caudaloso y dilatado río, se desliza unas ve-
ces mansamente, corre otras á despeñarse
agitada y poderosa, y tan pronto extiende sus
riberas, como las recoge ahondando su cau-
ce, ganando en profundidad lo que en anchu-
ra pierde.

Trasunto fiel es el libro de una vida, vida
de poeta, vida de ansias, encantos y decep-
ciones, vida de creador, *vida loca*.

Y en esto se halla el encanto, la condición
óptima del último tomo de Fernández Shaw: en
darnos la impresión total de una vida intere-
sante, de una vida intensa, oscilando, como
toda vida digna de llevar este nombre, entre
la inquietud y el hastío.

Allí hay de todo: libro de consulta ha de
ser *La vida loca* en el gabinete del hombre
culto, en la habitación de la dama intelligen-
te. Hay dramáticas visiones para nuestros
días negros, y plácidas páginas para mayor
encanto de nuestras horas felices.

Técnicamente, *La vida loca* es un prodi-
gio. Composiciones hay que constituyen ver-
daderos alardes de rimador atrevido, que cuen-
ta con dominio absoluto de los más sutiles
enredos de la poética; el buen gusto siempre
triumfante y la inspiración cabalgando airo-
samente tanto sobre el inquieto verso de tres
ó cuatro sílabas como sobre el lento alejan-
drino.

El *Poema de los Ciclopes* que Fernández
Shaw ha intercalado en *La vida loca* vale é
solo por un excelente tomo de pujante poesía;
el *Sol de los tristes* es una página que basta-
ra ella sola para que un nombre se perpetua-
se; y en cuanto á la *Risa del agua*, no puedo
menos de ofrecer al lector la hermosa mues-
tra de estos lindos versos:

.....
Agua del monte, risueña,
que el alto monte alumbró:
corre alegre, canta y rie;
no interrumpas tu canción;
en tanto vas por el monte,
llena de chispas de sol,
saltando de mata en mata,
brincando de flor en flor;
en tu primera aventura;
con tu primera ilusión.
.....

¡No sientes, lector, cómo en efecto, la risa
del agua prende en tu alma, halagadora y
retozante?

Otra composición no menos notable es la
titulada *Los espejos de las mosas*.

Si me creyera en el caso de tener que aconsejar al lector, le recomendaría desde luego todo el libro; pero muy especialmente, aparte de las citadas, las composiciones que se rotu-

lan: *Viernes Santo, La maja de los sainetes, Beati possidentes, Poeta romántico, Poeta moderno, Canción de Rabel, El Tozo, Las barcas ciegas, Campo de batalla, Los muertos vivos, El enemigo y Plegaria.*

Y de propósito, he dejado de nombrar un hermosísimo canto á la Patria; sus estrofas llenas y arrogantes son la oración de un espíritu que vibra y se estremece al evocar la visión de Castilla, nuestra madre.

Y como no es cosa de quitarte la palabra al poeta para seguir dejando yo oír mi destemplada voz, hago punto final y definitivo; pues para que quede de estas rápidas impresiones un sabor de boca agradable y duradero, transcribo la composición de que hablo, que se titula:

¡Ancha Castilla!

Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas é intensas calmas;
de los espíritus como los robles,
y de los cuerpos como las almas.
La de las vastas, ricas llanuras,
en donde el campo cual oro brilla,
ricas en campos, y en aventuras...;
ancha Castilla.

«¡Ancha Castilla!», dicen las gentes,
con que se alientan los corazones
en las andanzas de los valientes,
y se destierran cavilaciones.
¡Hermosa frase! Por siempre vibres;
tú, que demandas pechos magnánimos,
y en hombres fuertes las manos libres,
libres los ánimos.

«¡Ancha Castilla!», firmes gritaban
los castellanos, en tiempos grandes,
bien por la Europa que conquistaban;
bien por las cumbres, sobre los Andes.
«¡Ancha Castilla!», si desesperan,
por sus montañas y por sus llanos
á todas horas decir debieran
los castellanos.

¡Oh tierras llanas! Ante mis ojos
rizan los trigos sus densas olas,
que ya salpican, de puntos rojos,
como de sangre, las amapolas.
El cielo guarde vuestros graneros,
con vuestras gentes, nobles y sanas;
con vuestros campos, graves y austeros,
¡Oh tierras llanas!

Vivo en vosotras amable vida.
Mañana y tarde, feliz paseo
por una parda senda florida.
Descanso á veces, y á veces leo
libros de puros, hondos encantos.
Porque me sepa todo á Castilla,
estos mis libros, de hermosos cantos,
son de Zorrilla.

Lejos columbro, como entre sueños,
en lontananza, distantes sierras.
Hasta sus lindes, tienden risueños
sus altos trigos las grandes tierras.
Sus trigos altos, de trazas finas,
que al aire ondulan, en largas ondas;
los que ya aguardan en las vecinas
eras redondas.

La villa miro que el campo abraza
junto al arroyo, que apenas corre.
En el lindero de estrecha plaza
clava la iglesia su vieja torre.
Como á su amparo, casas medrosas
suben, á rastras, pobres pendiosas...
En ellas viven, siempre afanosas,
las pobres gentes...

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

"La vida loca"

Ahora cabe tan sólo hablar, como se ha hablado en este artículo, aunque haya sido imperfectamente, de la personalidad científica de los autores de esta obra capital en los anales de la literatura jurídica española, precisando hasta donde lo permiten los datos conocidos la índole de la labor de cada uno de los tres autores.

Si en todo ello la crítica futura que de la obra total se haga encuentra elementos para discernir mejor la solidez y el acierto de los resultados, no serán inútiles estos apuntes, en que el análisis detallado del trabajo de los autores se suspende hasta que la publicación de los volúmenes de que se trata esté más avanzada ó haya concluído.

La energía inicial, el peso específico y la legitimidad dialéctica de las ideas expuestas por los autores ya, y que les han impuesto la ineludible obligación intelectual de ofrecérselas por completo y hasta el máximo límite que en su plan se han señalado, nos garantizan la publicación relativamente próxima de los volúmenes siguientes. En estos ingenios no volanderos la paciencia es la forma más espiritual del entusiasmo.

Para que la obra se termine y aparezca con todas las líneas de su figura natural y completa, con todo el ropaje decoroso del pensamiento fundamental y potente que la anima, ¿necesitarán los autores, mejor que del tiempo y antes que del favor del público, de alguna otra cosa? Seguramente: de aquel principio del movimiento, que en el concepto de la filosofía platónica era el alma, el misterioso «músico invisible que hace resonar la lira ó que la rompe».

Knight.

La oración al poeta.—Leyendo *La vida loca*, libro de versos del insigne poeta Carlos Fernández Shaw.

¡Bendita de Dios sea la hora en que vino á mis manos profanas este don de tu insigne munificencia! ¡No se cierren mis labios pecadores sin musitar la fervorosa oración de mi ánima en alabanza de esta pluma de ave fénix que copió con justeza las vibraciones de una cítara de oro! Como rayo de sol después de los temporales; como ráfaga tempranera del aire otoñal, que tonifica los

nervios, ahitos de bochorno; como canto de esperanza; como aliento de vida, ha llegado tu poesía en tan buena hora, que mis ojos se elevan en sincero éxtasis, y mis manos se juntan en plegaria de gratitud, y mi alma le habla á mi cuerpo de la alegría de haber nacido.

Poeta del amor: yo he cantado á *media voz* la música de tus madrigales al borde de unas lindas orejas del más puro abril, y cuando la princesa entornaba sus ojuelos y escondía sus negras pupilas en un soberbio nimbo de pestañas de seda, me atreví á preguntarle:

—Alteza, ¿cuál es tu sensación?

Y ella, con una risa de infinita dulzura, murmuraba muy quedo:

—Es como si llegara á mis sentidos el aroma de un jardín de rosales.

Poeta del dolor: un triste ha recitado en voz alta los versos de tu melancolía, ha admirado tus acentos de sinceridad y ha gemido tus agonías con la misma ternura que sollozó las tuyas, muy grandes, muy amargas. Repitieron sus labios los ecos desgarradores de una copla lejar a, que se esfumó en el espacio, tembló con las elegías que de ti mismo enviaste á otro noble poeta de Castilla, coreó con sus sentimientos la cristiana resignación de tu *vox clamantis*, y oyó conmovido el tétrico volteo de unas campanas doblando por tus ilusiones muertas. Y aun cuenta que, abrumado por sus dolores, transido por el fuego de un llanto insaciable, bendecirá su pena, que le está matando, si en tan bellos versos ha de ser esculpida.

Poeta cristano: un teólogo humilde ha consultado textos de los doctores de la Santa Madre Iglesia, y no halló en los de tan preclaros varones mayor fe que en tu plegaria, más firme esperanza que en tu *última verba*, ni tan acendrada caridad como la que fluye en tu romance de los pobres locos. No se vió, á su parecer, con más rara clarividencia la escena del Calvario, ni con una semejante confianza en Dios se cantó á la vida loca.

Poeta rústico: yo, que gusté la vida campesina como don del Señor, me ufano al recordar, regenerándome, aquellos claros días de mayo en que mis males fueron vida y mis desolaciones consuelo por arte del buen

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

"La vida loca"

— 62 —

abrazo de la Naturaleza. He clamado á los manes del beatísimo Baltasar de Alcázar, y en el recuerdo de sus frivolidades, escritas con un espíritu de casticismo que no es otra cosa que la misma perfección, te reconozco bien como heredero de aquel donoso y pícaro rimador. La santa paz ha sido conmigo en la lectura de tus versos apacibles, y luego el entusiasmo y el aplauso para tus romances y tus tonadas y tus quejumbres, que huelen á romero, saben á miel y á leche, y suenan como notas de rabel.

Poeta de la tierra: ¡bien haya tu buena voluntad, que con elevados conceptos sabe honrar los estrados donde rodó tu cuna, si no de oro y marfil, como las celebradas por el Hispalense, de claveles fragantes y flores de naranjo! Cantas á tu tierra, como todo buen corazón sentiría ese filial amor, si para todas las buenas almas estuvieran escogidas tus dotes de maravilloso glosador de las gracias innúmeras de tu madre Andalucía. Quiero para mi corazón ese amor que dedicas al terruño, y te imploro con singular encarecimiento una buena memoria para imitar los sabrosos recuerdos con que me has encantado.

Poeta de la patria benemérito: á un viejo soldado de gloriosas guerras le he leído las vibrantes estrofas de tu oda á Castilla. He visto cómo sus ojos, largo tiempo apagados á todas las emociones, revivían brillando con llamaradas de íntimo entusiasmo. Escuché sus palabras de aliento consolador, y al calor de su inspiración me sentí grande, me sentí fuerte: sus palabras no eran de un nuevo discurso; el veterano repetía tus versos, declamándolos con la pasión de un buen artista, sinceramente real. Pero luego recité como supe ese colosal poema de los cíclopes, forjadores de la armadura invencible, y mi viejo soldado, coronado de mirtos y laureles, enmudeció. Se fué el encorvamiento de sus espaldas, se estiraron sus piernas de hércules guerrero, la piel tornó á ser tersa y bien colorida, y empuñando su espada y cabalgando en su potro, corrió, corrió sin descansar á combatir á un enemigo ilusorio.

Y ello fué como los cadáveres helénicos se animaban con vida y nuevo valor, por obra de los cantos de Tirteo, el épico tullido.

Yo te imploro, poeta eminentísimo, la

gracia de una buena lección de tu experiencia. Llévame á los lugares donde tan bien acrisolaste las emociones; pon en mis manos los cristales de un raro antejo que con tan perfecta claridad te ha dado la sensación de la madre Naturaleza; predícale á mi alma para que en ella se asienten las nobles ideas de amor y fe, y cuando, embriagado por tan intensa poesía, me sienta renacer en mí mismo, yo iré á presentarte mi frente, y arrodillado con una insólita piedad por Dios y por el Arte, haré mi súplica humilde, como la de los reyes de Israel á los profetas del Señor:

—¡Maestro, úngeme!

Federico Romero.

* * *

El libro de Job (poesías), por Francisco Villaespesa. Librería de Pueyo; Madrid.—*El mirador de Lindaraxa* (poesías), por Francisco Villaespesa. Librería de Pueyo; Madrid.

Nunca hallé medio de concretar en unas cuantas líneas, más ó menos, según la pluma esté de apresurada y el pulso de inquieto, la impresión crítica de un libro de versos. Si no gusta, se cierra antes de terminarlo para no volverse á acordar de él; si sorprende, si vibramos con los sentimientos que en él se expresan ó logran subyugarnos las bellezas armónicas que están escritas en el pentagrama de sus rimas hábilmente compuestas, entonces el libro es amigo al que vamos á buscar con frecuencia, compañero de nuestras tristezas ó nuestras alegrías, breviario de nuestro dolor ó cancionero de nuestra risa.

De *El libro de Job* y de *El mirador de Lindaraxa*, que recientemente ha publicado Francisco Villaespesa, sólo he de decir que varias veces lo he leído, gustando aquel extraño perfume que cada una de sus rimas exhala, aquella dulcedumbre sentimental y melancólica que se saborea en sus estrofas repujadamente compuestas, y aquel estrechamiento penoso que se advierte en muchas de sus composiciones.

Por eso el poeta dice:

He llenado mi vaso de agua clara.
Como en tu espejo en él puedes mirarte.
Así mi vida y mi conciencia, para
la emoción cristalina de mi Arte.

La

Carlos Fernández Shaw ha puesto á la venta su nuevo libro de versos *La vida loca*. Apenas extinguido el concierto de elogios que se formó alrededor de su *Poesía de la Sierra*, lanza á la circulación este nuevo volumen.

Refiriéndose á la acogida que el poeta alcanzó de los escritores que dirigen la opinión, ha dicho un chispeante revistero de la actualidad que en la aparición del nuevo libro se ha sustituido al «presenten armas» el «rindan escalpelos» de la crítica. Por eso, rendidos ya é inutilizados los enses de criticar, por el grande prestigio del poeta y el mérito de su nueva obra, no hemos de hacer ahora un mesurado juicio ni una documentada relación de sus galas de lenguaje y de sus preases de pensamiento. ¿Para qué? Doctores de más tiene la Iglesia literaria que dogmaticen y lo analicen; ahora, abroquelados por la sentencia, un poco soldadesca, del revistero chispeante, concretémonos á hilvanar una noticia bibliográfica. Y nada más.

×

Fernández Shaw, alto, erguido, de noble talante, con la barba oscura corrida y cerrada como la de un caballero moro, tiene en su persona el aire prócer y distinguido que ha sabido dar á sus obras literarias.

Siendo un profesional de la pluma, por vocación y por oficio, parece un *dandy* curioso que trabaja los versos por placer, que escribe sainetes y comedias por un puro afán del lujo de conocer la vida de sus contemporáneos y dar á los hombres lo más íntimo, lo más recatado de su propia vida.

De ahí la sencilla ingenuidad de sus versos, el aroma de franqueza triste que nos ofrecen sus composiciones todas. Nos cuenta un dolor hondo y grave, un instante de duda en su alma de poeta, y parece que nos pide disculpa por habernos referido una historia demasiado triste.

Esta condición de encogimiento y humildad, como la del que ofrenda al público un tesoro pequeño y desmedrado, informa todas las poesías del libro nuevo. Tanto, que en la página liminar de unos versos dedicados á acusar recibo de un libro de Enrique de Mesa, inscribe estas palabras: «Lector, me puedes creer. La composición que sigue fué dictada en horas de indecible angustia. Ojalá tuviera otros méritos, como tiene el de una absoluta sinceridad.»

Ningún motivo obliga á nuestro gran poeta para mostrar esa desconfianza en sus versos. Tiene otros altos y preciados méritos esa poesía que él disculpa, y lo tienen las demás del libro.

La poesía, el arte de hacer versos buenos, es un menester de orgullo y de altivez. El poeta es un ser de excepción que no necesita disculpa, porque no recaba el aprecio general ni se amedrenta por el desdén del vulgo. Camina por la vida cultivando su jardín interior. Y cuando saca una flor de él y la expone á nuestros ojos, no ha de razonar luego la fragancia ni el color. Las flores aquellas son como son las flores, y harto hace el jardinero con ponerlas en la calle y cortarlas y separarlas para siempre del ornato de su jardín.

Cuando los versos sean un comentario á la realidad corriente, ¿qué perdón se ha de pedir, y quién lo ha de otorgar? En las palabras de la «prosa diaria» se envuelve, según arte, un «estado del alma». Y juega el poeta con las palabras de la vida corriente, en que las mujeres «nos dicen que no», en que los mercaderes hacen sus tráficos, en que los necios dicen... lo que tienen los necios que decir. En un lenguaje tan cansado de encerrar ideas poco poéticas vierte el poeta su inspiración y tal vez su alma. No ha de aguardar disculpa, alquitara, ni galardón tampoco; sino respeto, gratitud, y á la postre, por todo premio, un lector que en la soledad íntima de su gabinete, con el libro abierto ante los ojos, recite los versos á media voz.

×

La inspiración de Fernández Shaw en este nuevo libro ha rendido un tributo á sus nervios desencadenados y enfermos. Ese mal de este siglo, minando la salud corporal del poeta, ha proyectado en sus versos la sombra de un pesimismo duro y cortante que lucha á veces con la expansiva bondad, con el amplio corazón del poeta.

De esos momentos son las desconsoladoras ideas, de un romanticismo negro y desolador, que le dicta *Las horas negras* y *Visiones trágicas*.

He aquí la poesía que él titula *Las violetas de Aucamville*:

En Tolosa de Francia se dan las más fragantes y espléndidas violetas del mundo. Yo las vi, —llevado por mis males á Tolosa, la insigne— llenando con sus flores los campos de Aucamville.

¡Oh, violetas famosas de Aucamville; las violetas más finas y fragantes que brotan bajo el sol! ¡Nuncios de primavera bajo el sol del invierno! ¡Violetas hermosísimas de penetrante olor!

¡Oh, flores encantadas, que en momentos de angustia me hablasteis, cariñosas, de ventura y de paz; para mis hondos males, flores de la esperanza; para mis hondas penas, flores de la piedad:

os rindo en la memoria, con mis recuerdos, Vosotras me infundisteis el ansia de vivir, cuando la muerte ansiaba. La Virgen os bendiga, ¡mi Virgen! ¡Oh, fragantes violetas de Aucamville!

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

La

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
dilatado y profundo, con grave majestad;
el Garona opulento, con quien ruedan las aguas
de tantos nobles ríos al opulento mar...

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
bajo puentes soberbios. ¡Gran río! Yo lo vi
—cuántas y cuántas veces— con miradas in-
(quietas,
sintiendo las torturas del ansia de morir.

Bajo el puente de hierro, por mi afán preferido,
llegan sus turbias ondas con un intenso hervor.
Dejan, momentos antes, los muros de una presa,
y aún dura su terrible febril agitación.

Llegan sus turbias ondas, con filetes de es-
(puma,
temblorosas de rabia, sin cesar de rugir;
con densos tonos verdes, ó con tonos morados;
los tonos de las grandes violetas de Aucamville.

¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios
miraba yo las aguas del Garona pasar,
y mi impulso terrible me empujaba á sus ondas;
¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!

Y entonces fué que un día, cuando un supremo
(arranque
me impulsaba á las ondas, ¡á la Muerte por fin!,
miré bajo las aguas cabezas infantiles,
con ojos lastimeros alzados hacia mí...

¡Los rostros de mis hijos! ¡Sus rostros! ¡Sus
(miradas,
rasgando de las ondas la espuma y el hervor!...
Y entonces fué que, dando mis penas al olvido,
juré vivir por ellos, juré sufrir por Dios!

Por Dios, que en tal instante su aliento me in-
(fundía.

Por ellos, que elevaban sus ojos hacia mí;
¡sus ojos lastimeros!; con círculos morados,
del tono de las grandes violetas de Aucamville.

Desde entonces, las finas y olorosas violetas
me prestaron sus gracias, con piadosa bondad.
Respirando su aroma renovaba mis bríos
y enseñaba á mis penas el deber de esperar.

Ellas fueron presente que los cielos me hacían.
Ellas fueron mensaje que á mis hijos mandé.
Yo las traje conmigo bajo el sol de la Patria.
Si las glorias me asisten, ellas son mi laurel.

¡Oh, violetas fragantes y exquisitas! ¡Violetas
de Tolosa de Francia, que me hicisteis vivir!
¡Oh, promesas hermosas, bajo el sol del invierno,
de los gozos, las auras y las flores de Abril!

Como en sueños me llega, desde allá, vuestro
(aroma;
como en sueño vislumbro vuestros campos en
(flor

.....
¡Oh, terribles instantes! ¡Oh, funesta locura!
¡No volváis á mi vida! ¡Por mis hijos! ¡Por Dios!

Esta poesía tiene el valor de una anécdota.
Fernández Shaw estuvo á curarse de su mal en
Tolosa la insigne. Y tal vez sintió en el puente
del Garona una tentación funesta y perniciosa.
Quizás la cadena de su neurosis, que tanto le
apretaba los miembros sin vigor y sin salud, puso
el destello lívido de un mal pensamiento en la
mente del vate enfermo. La imagen de los suyos,
amantes y tristes, lo salvó de aquella mala hora.
Allí está, en los versos desgarradores, la historia
de aquel día, cuyo recuerdo perdurará como una
siempreviva en la memoria del poeta.

X

Y hay otra manera en la lira bien templada de
La vida loca. Fernández Shaw es un paisajista
completo, insuperable, definitivo. Ama el campo
con todos los amores que pueden ser bucólicos;
como un vagabundo cansado que se tiende á
dormir y á comer á la sombra del arriate de un
huerto; lo quiere como un labrador que lo va fe-
cundando con su trabajo, con su sudor; lo acaricia
y lo protege como un gran señor que desde
el monte donde ~~está~~ su castillo contempla y vi-
gila los valles donde está su solar, su riqueza y
su poderío.

H abra

El verso que para cantar esta visión de amor
de los campos tiene el poeta se desliza terso por
las llanuras, corre ágilmente, en un romancillo al
compás del agua de un arroyo; crece y martillea
en largos compases para subir á las montañas, á
las cumbres, con las águilas, con el céfiro sutil,
con el sol de oro que tiñe los paisajes y ciega y
deslumbra al poeta y al lector.

La inspiración descriptiva del poeta, clara
como el agua del manantial, tiene la sencilla ma-
jestad de Jáuregui y la dulce placidez de fray
Luis, y la amplitud maravillosa, justa y elegante
de Garcilaso.

Todas las poesías de esta cuerda, las mejores
de este poeta, son bellísimas. En esta que inser-
tamos, brilla más que en ninguna su inspiración
española puramente castiza. Se titula *La risa del
agua*, y dice así:

Se cuenta que el agua ríe.
Parece que es ilusión,
y es verdad. El agua limpia,
que en limpia fuente brotó;
la que baja por el monte,
llena de chispas de sol;
saltando de mata en mata,
brincando de flor en flor;
ésta, que veis, del arroyo,
tan jovial, tan juguetón,
tan azul, tan blanco... ¡ríe!
como el campo da su olor,
como da su luz la estrella:
por alto y celeste don,
por obra de Gracia Suma,
por gracia del Sumo Dios!...
¡Qué sonoras, cuán alegres
son sus risas! ¿Cómo no,
si al surgir, momentos hace,

con rápido borbotón,
 ¡como en una carcajada
 del manantial bienhechor!
 desde el seno tenebroso
 de la tierra en que nació,
 vió la tierra, toda flores,
 y el cielo, todo esplendor?
 ¿Cómo no, si con sus alas
 el céfiro la rizó?
 ¿Cómo no, si el dulce soplo
 de un aroma embriagador
 sale á su encuentro...; si en tanto
 que baja y corre veloz,
 palpitante de alegría,
 temblorosa de emoción,
 las hierbas se van abriendo
 por su impulso y á su voz,
 y las pendientes se inclinan...
 para que corra mejor?

¡Qué mucho que el agua pura
 que en limpia fuente brotó,
 redimida de su encierro
 celebre su redención!
 ¡Qué mucho que el agua nueva
 corra con grato rumor!
 ¡Qué mucho que cante y ría,
 como quien nunca sufrió:
 con la inocencia del niño
 y el trinar del ruiseñor!

Agua del monte risueña
 que el alto monte alumbró:
 corre alegre, canta y ríe;
 no interrumpas tu canción,
 en tanto vas por el monte,
 llena de chispas de sol,
 saltando de mata en mata,
 brincando de flor en flor,
 en tu primera aventura,
 con tu primera ilusión.

Ya en las charcas cenagosas,
 charcas del suelo traidor,
 aprenderás, con tristeza,
 quién sus aguas enturbió.
 Ya te enseñarán las rocas
 los quebrantos del dolor.
 Y cuando el sol te abandone,
 porque es el sol girasol,
 ya se apagarán tus risas,
 á la vez que su esplendor.

Goza por lo mismo, en tanto;
 no interrumpas tu canción,
 ¡agua del monte que ries!
 ¡agua bendita por Dios!
 Goza, pues saltas de gozo;
 canta, pues lates de amor;
 corre, besada del aire;
 brinca, dorada de sol;
 ¡en tu primera aventura!
 ¡con tu primera ilusión!

Con todo lo que antecede se ha dado alguna
 idea del poeta y de su libro nuevo *La vida loca*.
 Pero aún hemos de hablar más de él. Yo, admi-
 rador más que compañero de Carlos Fernández
 Shaw, he compuesto un soneto en su honor con
 motivo de la aparición de sus nuevas poesías.
 Hace poco, Manuel Machado, poeta y andaluz,
 como Carlos y como yo, nos excitaba con estas
 palabras: «Que cada uno toree con su capote. El
 mío es de seda.» Yo sigo el consejo que se nos
 da, y he puesto mis estrofas en orden de parada.

Si el soneto no fuera mío, yo pediría que estos
 versos que yo he compuesto fueran esculpidos
 en una plancha de oro, no por el valor de ellos,
 sino por la gracia de la persona para quien son.

Yo sé muy bien, y nadie me lo ha de decir, el
 escaso valor de una estrofa ditirámica. Lo sé;
 pero mis versos son en este caso solamente para
 el poeta.

Cuando Fernández Shaw use y disfrute de la
 gloria que se le debe aún, tal vez tendrá un re-
 cuerdo dulce de esta composición mía. Y andan-
 do el tiempo, que corre siempre veloz y sin di-
 que que lo contenga, algún bibliófilo raro y eru-
 dito, hablando del poeta de *La vida loca*, hablará
 de mí y de mis versos.

—Se hizo un soneto—dirá el sabio del porve-
 nir.—Un soneto en elogio del poeta.—Y ponien-
 do un dedo extendido y carraspeando y entor-
 nando los ojos, recitará:

MI BUENAVENTURA.

Al noble poeta del suelo español.

Poeta, es el pérfil de tu poesía,
 de rudo aliento y de exquisito porte,
 el de un emir que en alquicel de corte
 disimula el fulgor de su gumía.

Es tu alma un verjel de Andalucía,
 que supo en su regazo hacer consorte
 del pino melancólico del Norte
 la palmera gentil de Berbería.

Tu nombre irá hasta el sol, si tu camino
 no te cierra un acero florentino
 pagado con el oro de un Orsini.

Y, aún, harás una rima, viendo cómo
 lava tu sangre el refulgente pomo
 tallado por las manos de Cellini.

ENRIQUE LÓPEZ ALARÇÓN

"Correspondencia de España"

1910

Premio Fastenrath

PREMIO MEREcido

Un triunfo de Fernández Shaw

El premio de 2.000 pesetas que S. M. el Rey, á propuesta de la Real Academia Española, ha de adjudicar todos los años á la mejor obra poética publicada, gracias al generoso legado del ilustre é inolvidable hispanófilo Fastenrath, ha sido concedido á Carlos Fernández Shaw por su magnífico libro *La vida loca*.

El triunfo de Fernández Shaw es de los más merecidos, y la adjudicación del premio en favor suyo ha sido recibida con simpatía unánime.

Carlos Fernández Shaw, alejado de todas las intrigas, enemigo de toda exhibición, modelo de modestia y de desinterés, ha realizado en su vida una labor continua, fecunda, sólida y gloriosa.

En el libro ha conseguido triunfos nunca igualados desde los tiempos de Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce. *Poesía de la sierra* y *La vida loca* contienen poesías que se han hecho populares en poco tiempo.

En el teatro ha compartido algunas de las grandes victorias de Chapí, escribiendo para el gran músico libretos admirables, como el de *La venta de D. Quijote* y el de *Margarita la Tornera*.

Es, en fin, un espíritu culto-moderno, amén de un gran poeta de genuina tradición española.

La recompensa obtenida por Fernández Shaw—de cuya nueva producción escénica, *La tragedia del beso*, próxima á estrenarse en el teatro de la Princesa, hacen grandes elogios cuantos la conocen—viene á dar una confirmación oficial al merecido renombre de un escritor á quien había ya consagrado de gran poeta la opinión pública.